

guna creación original y por haber adoptado, mutilándolas, creaciones culturales de otros estratos sociales, haciendo pasar esta actitud por «la» norma estética indubitable. No existiendo en este sentido creaciones originales de las capas proletarias y habiendo ahogado los resabios del buen gusto de la alta burguesía, los partidos dirigentes del bloque socialista han logrado —con un éxito escalofriante— imponer su mediocridad estética a una buena parte de la humanidad. (Partiendo de esta base se puede comprender la inclinación obsesiva de buena parte de la juventud en países socialistas por bienes de consumo y modas provenientes del Occidente: es un rechazo de la mediocridad generalizada bajo aquellos regímenes, pero sin discernimiento ni espíritu crítico, por lo cual esta afición se reduce mayormente a cambiar un mal gusto por otro.)

Las pautas de comportamiento aprobadas y recomendadas a los movimientos de moda y cultura denotan aspectos claramente autoritarios y restrictivos, derivados de las concepciones generales sobre comportamiento social imperantes en los regímenes socialistas. La idea de que el partido es la encarnación de la razón y la verdad produce en la praxis cotidiana el predominio ilimitado e incontrolable de las directivas emanadas de arriba; el proponer o tratar de introducir nuevas tendencias, concepciones divergentes y modelos culturales diferentes choca con los moldes establecidos por aquella instancia infalible e inapelable y tiende a ser calificado de decadente, burgués, contrarrevolucionario, antiproletario, etc. Originalidad no es, evidentemente, un valor positivo en la axiología oficial del bloque socialista; lo positivo es más bien la fidelidad a los modelos ya establecidos, a las directivas en uso, a la moda reinante en el momento dado. La poca posibilidad de cuestionar las tendencias de moda imperantes y, menos aún, los modelos culturales válidos, está estrechamente relacionada con el culto de un colectivismo extremado y con el vituperio de momentos individualistas. El valor intrínseco de los individuos, de la creación intelectual y artística y del espíritu crítico es considerado como algo eminentemente negativo y contrapuesto a los valores positivos: la identificación pasiva con las masas, grupos o partidos, la obediencia «consciente» a las directivas de arriba, el mimetizarse con las tendencias en boga (base del oportunismo muy expandido en aquellos regímenes) y el énfasis en la conducta gregaria y amorfa. Una tendencia dada en las esferas de la moda y la cultura se convierte entonces en una línea férrea a seguir, en una obligación moral y en un caso de disciplina político-ideológica.

Esta conjunción de mediocridad pequeño-burguesa convertida en norma estética y de colectivismo a ultranza produce la base misma desde la cual se pueden fomentar e imponer modas específicas con carácter universalista, inapelable y obligatorio. El vituperio del individualismo, la apoteosis del espíritu gregario y las diferentes formas de coerción para implementar las directivas oficialistas hacen que en estos sistemas la gente tienda a seguir más servilmente las corrientes de moda y que la dictadura de la moda adopte tintes más absolutistas. Los regímenes socialistas del Tercer Mundo no han escapado, en líneas generales, a tal desarrollo; también ellos han impuesto sus modas, sus modelos culturales y sus normas de comportamiento tan rígidos, obligatorios y universalistas como los sistemas socialistas más antiguos. Como aquellos regímenes son relativamente nuevos y se han originado de una larga lucha contra las potencias capitalistas, sus modas y sus aspiraciones culturales están todavía impregnadas de cierto sa-

bor heroico, épico y espontáneo, lo que hace aparecer su rigidez y su esquematismo más soportables —como en los comienzos de la Revolución de Octubre.

Otro de los grandes aportes al uniformamiento cultural y al establecimiento de una verdadera dictadura de la moda ha sido el producido por los movimientos contestatarios juveniles y por los grupos de intelectuales disidentes en los países fuera del bloque socialista. Este aporte es tanto más importante y decisivo cuanto ha sido generado en nombre del no-conformismo, de la recuperación de la naturalidad y espontaneidad y de una ideología con pretensiones progresistas. Esta discrepancia entre los postulados de aquellos movimientos y sus resultados nada razonables no es, sin embargo, comprensible sin esfuerzos analíticos y, por lo tanto, no ha sido apreciada siempre en toda su amplitud y relevancia.

A las acciones y normas de estos grupos se debe, por ejemplo, que la juventud actual tienda a andar uniformada con los mismos requisitos, vestimenta, anillos y cabellos desde el cabo de Hornos hasta la tundra y desde las islas Galápagos hasta los profanados templos de Nepal. En nombre de la espontaneidad y la naturalidad adquieren todos los mismos gustos, escuchan la misma música, comparten los mismos prejuicios contra la «burguesía», el «sistema», los «momios», el «imperialismo» y el «lucro privado». Han impuesto exitosamente la tiranía de una informalidad no menos formal, ritualizada y excluyente que las generaciones anteriores, han logrado borrar los últimos rasgos de individualismo, particularismo y originalidad en el comportamiento juvenil, han elevado la mediocridad, la pereza y la absoluta falta de valores morales —si exceptuamos el cinismo— al rango de virtudes rectoras y han hecho creer a sí mismos y al mundo que representan la generación más libre, espontánea, crítica, politizada, sensible y encomiable en la historia de los tiempos modernos.

El movimiento juvenil contestatario y los grupos intelectuales disidentes con amplio séquito entre gente joven adquirieron su actual conformación y fuerza junto con los movimientos estudiantiles de protesta, durante la década 1960-1970; los conocidos acontecimientos en los Estados Unidos, Francia, Alemania Occidental y en algunos países de América Latina fueron tanto el motivo como la justificación de esos movimientos. Siendo éste un fenómeno de relativa gravitación, especialmente en el campo académico, y de un notable radio de alcance, ha sido también meta de algunos análisis teóricos y de estudios empíricos. Especialmente estos últimos dan una base más o menos sólida para evaluar la esencia y las consecuencias a largo plazo del predominio de ciertas modas y patrones culturales en las generaciones juveniles.

Estudios empíricos realizados en Alemania y Francia dejan entrever, por ejemplo, la superficialidad y precariedad de las razones aducidas por grupos representativos juveniles para justificar su adhesión incondicional a la moda imperante: la gran mayoría de los entrevistados dijo que su adopción individual de la tendencia imperante se debía a que la mayoría de los jóvenes de su grupo, generación o plantel educativo lo había hecho así y que no sería conveniente ir contra la corriente mayoritaria. Sobre el significado de la moda imperante, la mayoría se refirió igualmente a su presumible alto valor intrínseco y supremacía sobre las tendencias burguesas a causa de su difusión entre gente joven. Esta supremacía se derivaría según los encuestados de los caracteres originales, espontáneos y naturales de la moda juvenil; preguntados por lo específico

de la originalidad y naturalidad tanto de la moda como de las pautas de comportamiento, los encuestados —con muy pocas excepciones— no pudieron concretar en qué consistía realmente la originalidad de la moda y, por lo tanto, su superioridad con respecto a las tendencias «burguesas». Las pocas respuestas explícitas a esta cuestión son también muy significativas: los nuevos patrones de moda y comportamiento son mejores que otros únicamente porque las tradicionales normas burguesas están «podridas» o porque su adopción por parte de grandes masas juveniles garantiza su carácter diferente, emancipatorio y más cercano de la naturaleza y más libre, aparentemente, de la alienación.

En esta actitud se pueden constatar los dos aspectos fundamentales de toda inclinación acrítica a la moda imperante: el deseo de ser exactamente como los demás, de mimetizarse con las masas, de manifestar a la colectividad su apego al espíritu gregario, por una parte; y de racionalizar esta tendencia a lo amorfo y adocenado mediante ideologías de originalidad y espontaneidad, por otra. Los jóvenes contestatarios han declarado hoy en día guerra a las sillas, las servilletas, los tenedores, los cabellos cortos, los libros empastados y los valores éticos tradicionales, y no se dan cuenta que los cabellos largos tienden exclusivamente a ocultar su falta de cultura, el vituperio de las sillas promueve solamente la industria de las esteras, no menos capitalista y alienante, y la nueva sensibilidad musical ha mejorado sensiblemente la situación financiera de los fabricantes de discos. «La cultura de la estera», como se ha llamado en Europa Occidental la forma como la generación contestataria decora sus viviendas y manifiesta su forma de vida diaria, no denota ni nuevas formas de interacción social ni garantiza la libre expresión de vivencias espontáneas ni promueve un mayor grado de originalidad creativa; la tal cultura es, sencillamente, la forma actual, contingente y pasajera en la cual la moda se manifiesta, igualmente ligada al consumismo, a los intereses comerciales y a los efectos de alienación colectiva.

Otro aspecto de la citada encuesta contribuye a reforzar esta interpretación: la mayoría de los jóvenes contestatarios tiende a mostrar una actitud de intolerancia, rechazo y enemistad frente a los no-integrados, a los que se visten de otra manera, a los que osan pensar diferentemente y a los que pertenecen a otros estamentos y grupos, lo que recuerda inequívocamente las normas y valores de generaciones y grupos menos «liberados» y más propensos a tendencias autoritarias. En las ya proverbiales investigaciones sobre la «personalidad autoritaria» en los países de Occidente, se había establecido que la ciega identificación con el propio grupo (al que se le atribuyen, por otra parte, sólo cualidades positivas) y el rechazo indiferenciado de los grupos ajenos (donde se concentran, presumiblemente, los factores negativos) constituyen el fundamento de la personalidad fascistoide, totalitarista, falta de discernimiento propio y propensa a ser manejada desde afuera. La tendencia de los jóvenes contestatarios de dividir en forma maniqueísta a sus semejantes (los que están «in» y los que están «out») y a no tomarse la molestia de considerar individualmente cada caso, así como de guiarse generalmente por exterioridades tales como vestimenta, jerga de moda y *slogans* ideológicos, puede lamentablemente, contribuir a conformar una nueva personalidad autoritaria en las generaciones jóvenes —con un tenue barniz de progresismo y espontaneidad.